

Al Sur de Atenas, cruzando el estrecho y el golfo de Corinto surcados en la actualidad por otras galeras de hierro y humo diferentes a las de antaño, traspasando los montes protectores de la vieja Esparta, mas allá de los restos impresionantes de nombres tan sonoros como Argos, Corinto, Micenas, Tirinto y Epidauros, en el centro del Peloponeso, se encuentran los restos ingentes de la vieja capital de Morea, permanentemente asomada al valle del Eurotas.

MISTRAS: NOSTALGIA BIZANTINA.

Según la carretera asciende entre enormes montes cubiertos de matorral bajo, surcados de profundas gargantas, alcanzando cotas de nieves presentes gran



parte del año, sin espacios naturales de paso, comienza el viajero a explicarse cosas que la historia nunca acaba de contar. Y, posteriormente, cuando llegue a Esparta y, continuando hacia cualquiera de los puntos cardinales, se dé cuenta que no importa el camino que escoja porque siempre será de similares

características, de idéntico imposible relieve al que le ha traído hasta el valle del Eurotas, esas cosas serán mas claras todavía.

Después de las guerras con Persia, Temístocles, en previsión de futuros ataques por tierra al Ática, decidió construir murallas que protegieran Atenas e, incluso, el Pireo, conectando ambas por un largo pasillo. Los espartanos

consideraron esta actuación con cierta burla, objetando que Esparta nunca había necesitado murallas de piedra, porque sus murallas eran los soldados espartanos. Pero contemplando el espacio geográfico en que se asienta Esparta, una llanura rodeada de elevadas

montañas, se entiende la falacia de la anterior afirmación: Esparta contaba con las más espectaculares y poderosas murallas naturales. Algo que debía hacer meditar a cualquier general de la época sobre la



oportunidad de atacarla. Y, por si eso fuera poco, todo el Peloponeso es prácticamente una isla, cuyo único acceso, aparte del mar, consiste en el estrecho paso del istmo de Corinto.

Esa especial situación de su ciudad es el origen geográfico que definía la especial mentalidad espartana. Los espartanos clásicos, sometidos a la dureza de la vida de los valles, dedicaban su vida entera a las cosas de las armas. A los niños se les apartaba de sus madres para educarlos en la vida militar. Pasaban frío y hambre, como modo de curtirlos y hacerlos auténticos hombres, según el concepto espartano. Sus reglas para la guerra eran simples: combatir duramente y sin piedad con el enemigo, obedecer las órdenes ciegamente y morir antes que rendirse. En la comida no buscaban el placer, sino únicamente la energía necesaria para mantenerse con vida. Para muchos viajeros de la antigüedad, probar el lamentable sabor del potaje clásico de los espartanos, suponía comprender inmediatamente la razón de que, quienes estaban sometidos permanentemente a esa dieta, no les importara morir en la batalla.

Hoy, del antiguo esplendor -si algún esplendor puede considerarse en una sociedad militarista, reaccionaria e inmovilista como la espartana- de la ciudad dominadora del Peloponeso y, en ocasiones, de todo el mundo griego continental, merced a su victoria sobre Atenas, no queda apenas nada. Perdida la gloria y el poder, con las ciudades ocurre como con los hombres: hasta la memoria de su existencia se diluye entre los entresijos del tiempo. Y, si no fuera porque el rey Otón I, en 1.834, fundó una nueva Esparta sobre las ruinas de la antigua, seguramente, en la actualidad, no existiría un lugar con ese nombre.

Pero si los restos de la capital de los lacedemonios solo subsiste como un nombre y un conjunto de edificaciones contemporáneas, hay aún algo en las laderas del monte Taigeto, en las murallas naturales de los lacedemonios que caen sobre el valle del Eurotas, mirando nostálgicamente el plano asentamiento de Esparta, que capta inmediatamente la atención e inflama de imágenes la mente del viajero: Se trata de Mistras.



Y pocos lugares hay en el mundo con tanto poder de evocación como esta ciudad bizantina abandonada.

Desinflado el empuje espartano, en época romana, muchos habitantes del fértil valle del Eurotas, temerosos de las incursiones de los pueblos de las montañas, comenzaron a establecerse en la falda del Taigeto, fundando esta nueva ciudad, cuyo apogeo se situó entre los siglos XIII a XV.

La primera fortaleza de la cumbre se erigió en 1.249, merced al interés estratégico que veía en aquella posición Guillermo de Villehardouin, príncipe de Acaya. Y, veinte años después, se iniciaba la construcción de las viviendas de la

ladera.

Durante más de un siglo fue uno de los mayores centros culturales de Grecia y la capital del Despotado de Morea. Los despotados bizantinos eran unos estados dentro del estado donde los emperadores colocaban a sus familiares directos, no herederos del Imperio, manteniéndolos de esta manera ocupados y lejos de las intrigas palaciegas. En compensación, el déspota disponía a su antojo del gobierno de la provincia asignada, con escaso o nulo control de la autoridad imperial. Concretamente, el de Morea, con su capital en Mistras, fue creado por el Emperador Juan VI para su hijo Manuel quien consiguió dotarlo de cierto esplendor y prestigio.

Pero ocurre que la administración despótica es fuente permanente de conflictos y rencillas entre administradores y administrados, facilitando su



descomposición. Y también ocurre que un cargo como el de déspota es continuamente codiciado por los aledaños del poder central. Una y otra razón facilitaron la invasión y conquista turca del territorio de Morea, y, con ella, la decadencia de su

capital, de Mistras. Mas tarde, en 1.770, un incendio provocado por los albaneses, dejó reducida aquella joya colgada en la ladera del Taigeto al nivel de simple aldea. Mistras comenzaba a adoptar el aspecto de una ciudad fantasma, y la creación de la Nueva Esparta provocó su definitivo abandono.

Progresivamente sus magníficos edificios fueron arruinándose, sus delicadas iglesias bizantinas sufrieron el expolio de iconos y tesoros, los palacios de los

déspotas soportaron la ausencia de fiestas y reuniones de alto nivel... Sólo el viento, filtrándose por las desprotegidas ventanas, establecía diálogos con los ingenuos frescos bizantinos del interior de las basílicas. Sólo algunos animales de las montañas del Peloponeso buscaban refugio en el interior de las solitarias viviendas. Sólo el olvido, la mirada nostálgica sobre el valle, la incomprensión que debe atrapar el espíritu de una ciudad que ya no consigue atraer a pobladores, mantuvo en pie las piedras de Mistras.

Y, en la actualidad, cuando considerables esfuerzos se invierten en recobrar lo que el tiempo ha malogrado, el estado de esas piedras permite perfectamente recrear la vida en una ciudad bizantina de su época.



Las calles empinadas, las coquetas basílicas de varias cúpulas, casas y palacios perfectamente reconocibles, su admirable situación dominando todo el valle del Eurotas, con Esparta en el centro, el Kastro en lo alto, último bastión defensivo... supone la receta única que ofrece Mistras al visitante saturado de la contemplación de vestigios correspondientes a la Helade Clásica.

Carece de importancia que los únicos habitantes del lugar sean los lagartos y las enredaderas que se apoderan de todas las edificaciones. Porque el lugar posee una magia especial, un indefinible sentimiento que rezuma de todas esas fachadas, debajo de cada arco aún en pie, en el interior polvoriento de los templos, desde las almenas del Kastro, como humedad de vida que el tiempo no es capaz de matar...

La ascensión desde la puerta de la Ciudad Baja, circunscrita por las murallas construidas en el siglo XIV, es como una peregrinación hacia el pasado. Primero

aparecen los barrios menos nobles de la ciudad, los que fueron habitados por comerciantes y artesanos. "O habría que decir los mas nobles, los que entregaban la vida real, el trabajo cotidiano, la esperanza en el futuro de la ciudad? Mas adelante, siguiendo un cómodo sendero que aún no destruye los músculos de las piernas como ocurrirá mas adelante, se alcanza la Metrópolis, la Iglesia Metropolitana de San Demetrio, cuajada de frescos apocalípticos, mostrando imágenes del Juicio Final y del martirio del santo, y el Monasterio de Vrontohión, y la Iglesia de Evangelistría, hasta llegar al Afendiké, o Iglesia de Odigitria, donde el interior deja ya de tener importancia porque sus cinco cúpulas, graciosamente compuestas sobre una planta en cruz griega, consiguen un efecto de fundido cromático con un entorno verde y en franca pendiente.



Se llega a la Ciudad Alta, al masivo Palacio de los Déspotas, a las mas humanas casas particulares salpicadas de arcadas, almenas y trepadoras. Nuevos monasterios recuerdan las viejas liturgias. Mansiones señoriales contemplan aún a la plebe que se debatía en la Baja. Una fuente en algún recodo, una deslucida plazoleta, el viento que se empeña en alargar la ya de por sí dura subida.

El ambiente que se respira en Mistras, recorrida en soledad, es profundamente atemorizador. El encuentro con otro viandante, cerca de las alturas supremas del Taigeto, sorprende, incita al saludo, a la

confidencia. Porque Mistras está -pero no lo parece- muerta. Si acaso, dormida. Anunciando a sus infieles moradores del valle que aún sigue ofreciendo cobijo y protección.



¿Que ya no existe riesgo de invasiones? ¿Que el tiempo ha creado seguridad en la cerrada península del Peloponeso? ¿Que no hay razones higiénicas ni ambientales ni

estratégicas que justifiquen la existencia de una ciudad donde mas que caminar se trepa, donde mas que vivir se preserva la existencia? ¡Qué importa! Las ciudades no entienden de razones. Y Mistras tampoco: Ofrece lo que la Naturaleza le otorga y los hombres modificaron. Y, cuando se alcanza el Kastro, asomándose a las almenas recortadas como sierras abriendo el cielo en canal, y se contempla completo el valle, ebrio de verdor, hendido por el rio Eurotas, moteado por las casas blancuzcas de la moderna Esparta, se accede a la comprensión de ese ofrecimiento. La doble muralla que lo abraza intenta contener, enmarcar sin éxito, la panorámica que se extiende a sus pies.

Algunas torres defensivas, restos de las dependencias militares, una capilla castrense, contradicen el sentimiento que intenta transmitir el lugar, mas cerca de la paz infinita que del conflicto armado, mas provocador de admiración que de defensa.

Y, desde esa altura, desde las crestas domadas por el Kastro, contemplando



la falda del Taigeto,
bordada con mansiones,
palacios, iglesias y
monasterios, consagrada a
un solo dios y a un solo
imperio, la mente y el
corazón del viajero
resbalan irremisiblemente
hacia otros dioses, los
viejos dioses panteístas, y
hacia otros hombres, los

que empeñaron su vida en ella. Para extasiarse en la contemplación del entorno visible. Lejos de historias y explicaciones. Por el puro placer de mirar. Y de gozarse en ello...

Antonio Fuster Juárez

INFORMACIONES DE INTERES

COMO LLEGAR:

Olympic Airways e Iberia conectan regularmente Madrid y Barcelona con Atenas. Desde la Capital de Grecia, atravesando el espectacular estrecho de Corinto, una buena carretera atraviesa las montañas del Peloponeso, hasta Esparta y la vecina Mistras.

Otra posibilidad, con coche, es tomar un ferry en Bríndisi hasta Patras, con escala en Corfú. Esta ciudad es un excelente pórtico para la visita al Peloponeso y, por supuesto, Mistras.

FORMALIDADES ADUANERAS:

¿Pero existen aduanas en Grecia? Ni la guerra en los Balcanes, ni el eterno contencioso con Turquía, ni la incomoda situación del país, rodeado de problemas por todas partes, han hecho que se modifique el estatuto de tierra abierta a la entrada de extranjeros. Coge tu carnet de identidad (si te hace ilusión llevarlo) y tus objetos personales. Nada mas necesitas para acceder a Grecia.

HOSTELERIA Y GASTRONOMIA:

En las inmediaciones de las ruinas, existe un pequeño hotel, confortable y a buen precio. Su nombre es Vyzantion, aunque es muy probable que lo encuentres lleno. Quizás la mejor posibilidad la tengas en Esparta, a muy pocos kilómetros de Mistras. No encontrarás grandes lujos (el espíritu espartano parece todavía vigente), pero sí un mayor número de establecimientos.

Los griegos parece que gastaron todo su genio en arte y ciencia, dejando poco para la variedad en gastronomía. De todas formas, puedes probar la Musaka (especie de pastel de carne y berenjena), las soutzukakias (albóndigas de arroz con carne) y, especialmente, las dolmades (hojas de parra rellenas de carne picada). De la ensalada griega no te digo nada: te la pondrán delante quieras o no quieras. Eso sí, riégalo todo con el razonablemente buen vino del Peloponeso -de los griegos no aromatizados con resina- que encontrarás en distintas variedades y marcas.